

Galería Rafael Pérez Hernando
“El Retrato y la Muerte. La historia de un colección de fotografía post-mortem”.
Comisariada por Virginia de la Cruz Lichet
6 de Febrero – 29 de Marzo 2014

Hace años compartía con Virginia de la Cruz Lichet el día a día de la galería mientras ella con constancia trabajaba en su tesis: *Retratos fotográficos post-mortem en Galicia*.

Qué decir tiene que el título era hartamente atractivo y le sugerí que, si algún día quería mostrar al público su proyecto en forma de exposición, me gustaría que nuestra galería tuviera el privilegio de ser el primer lugar donde pudiera ver la luz. Pasó el tiempo y cuando Virginia me ofreció llevar adelante dicho trabajo, yo no contaba con el nacimiento de mi primer nieto hace ahora poco más de dos meses. Impresionado, contemplando estas imágenes tan tiernas y tan trágicas a la vez, he estado a punto de posponer o incluso de anular el proyecto. Tras días de reflexión creo que lo mejor es que todo siga adelante, como homenaje a esos padres o familias anónimas a los que el destino les arrancó esos delicadísimos seres queridos con tanta vida por delante.

Rafael Pérez Hernando. Madrid, 20 de Enero 2014

¿Qué sentido tiene fotografiar, conservar y coleccionar una fotografía post-mortem? nos preguntamos todos al ver uno de estos retratos. Más allá del rechazo que pueden producir hoy en aquellos ojos que las miran, cada imagen, cada rostro representado, nos está relatando unas historias pasadas, llenas de vida, aunque no lo parezca, e impregnadas de una emoción encapsulada que por azar o por providencia han llegado hasta nuestras manos. Sentémonos pues para escuchar en silencio qué nos quieren contar....

El sentido de estas imágenes responde a una necesidad existencial, entonces y en la actualidad. Si bien como culto a la memoria, no cabe duda que, hoy solo vemos un cuerpo sin vida, sin identidad, tan solo una localización espacio-temporal para definirla y situarla. No obstante, esta fotografía que cae en nuestras manos, se convierte en un encuentro en el que ellas mismas reclaman ser rescatadas y recordadas. Como pequeñas almas que vienen a nosotros, necesitan ser resucitadas aunque ya no sea por medio de sus familiares directos. Ahora ya, descontextualizadas, adquieren un nuevo significado, otro sentido por el que viven y perviven a través de la imagen. Ahora ya, como diría Roland Barthes, la imagen resucita gracias a nosotros, al mirarla y observarla, al encontrar en ellas el *punctum* que nos punza. Es aquí donde adquieren sentido, a través de ellas mantenemos el culto a la memoria, a una memoria perdida, pero que de algún modo, forma parte de nuestra idiosincrasia. Y por ello, no debemos rechazarlas, sino amarlas, entenderlas y escucharlas.

Esta colección particular que contiene alrededor de unos cien artefactos, se fue elaborando de forma espontánea y en paralelo a la investigación que Virginia de la Cruz Lichet realizó para su tesis doctoral sobre el retrato fotográfico post-mortem y que culminó con la publicación, con el mismo título, en el año 2013. Esta exposición recoge una selección de niños difuntos sacados de esta colección, pero también de una pieza de una artista actual, **Olga Simón** (Madrid, 1974), que

ha realizado una apropiación de una imagen del archivo **Maximino Reboredo**, que forma parte del material estudiado por Virginia para su tesis, e intervenido por dicha artista y que terminará por formar parte, a su vez, de dicha colección. Necesario homenaje a estos fotógrafos que desempeñaron una labor tan difícil pero tan necesaria, ahora, y mediante esta intervención, se establece un diálogo entre un fotógrafo de finales del siglo XIX y una artista contemporánea. Si Philippe Ariés observó un cambio en las actitudes del hombre ante la muerte, producido en el cambio entre el siglo XIX y el XX, podemos observar la manera en que después de más de un siglo, mantenemos las mismas inquietudes ante la pérdida y el culto a la memoria. Pese a la lejanía del tiempo que nos separa, Reboredo y Olga Simón dialogan y comparten un mismo espacio creativo: el del recuerdo y del dolor. Sin embargo, Olga Simón no se queda ahí, sino que nos ofrece una posible vía de escape, una salida hacia un espacio de ensueño, lleno de serenidad y dulzura, recreando para nosotros la posibilidad del reencuentro a través de un lenguaje en el que todo es etéreo. El espectador, inmerso en una suerte de somnolencia, observa esta visión que se presenta bajo la forma de una narración visual del encuentro imaginado, despertando en él una intensa emoción. Ambos, aunque con la misma necesidad de apaciguar el dolor por la ausencia, nos acercan a dos realidades diferentes -una que nos enfrenta a aquella más tangible (Maximino Reboredo), mientras que la otra nos ofrece una nueva, onírica sí, pero igual de posible.

Así pues, en esta labor de recuperación de una tradición, hoy olvidada, Virginia de la Cruz Lichet participa de forma activa en este acto memorístico y de restitución, casi arqueológico, en el que la colección se convierte en un nuevo culto a la memoria.

